



Esta es
María

ESTA ES MARÍA

María es una mujer de 50 años, originaria de un pueblo cercano a la ciudad de Los Ángeles, Región del Bío - Bío. Durante su adolescencia, llegó a Santiago junto a su madre y algunos de sus hermanos, huyendo de los malos tratos que el padre le propinaba a la madre y a los niños. Tras la muerte de su madre, hace aproximadamente dos años, María llegó a vivir a la calle perdiendo totalmente el contacto con sus familiares.

María vive con una discapacidad de causa psíquica que ella refiere como esquizofrenia paranoica y epilepsia. Su manera de hablar, tanto en forma como en contenido, da clara cuenta de su condición, como puede verse en el desarrollo de su historia. Buena parte de su vida la ha pasado en instituciones de apoyo a personas con trastornos de salud mental, de las que entra y sale, generalmente porque las abandona por su propia voluntad y no como resultado de un alta médica o del mejoramiento comprobado de su condición. En virtud de estos prolongados y reiterados períodos de hospitalización, María ha construido parte de sus redes de protección, con el personal de salud de dichas instituciones.

El relato de María es desordenado, a veces ilógico y fantasioso, pero logra comunicar los principales hitos de su vida, sus intereses más persistentes, sus alegrías y dolores, desde ese lugar caótico en el que su mente habita. Sin tapujos, María habla de su enfermedad y parece haber aprendido a convivir con ella como si fuera su alter ego, al que conoce muy bien pero no logra controlar. Por eso, este aspecto de su existencia lo cuenta en los primeros momentos de la conversación, dando detalles de sus síntomas y alteraciones, como si quisiera advertir o preparar al interlocutor frente a una eventual crisis.

Uno de los aspectos más notorios del relato de María, es su rasgo infantilizado y pueril, que revela un estancamiento en su desarrollo cognitivo y, derechamente, una cierta forma de regreso a la niñez, incluso como actitud de posible negación de su condición adulta. Desde esta posición de niña, María ha generado relaciones complementarias de dependencia con personas que la cuidan y la protegen, dentro de un marco relacional de mucha inestabilidad, pues los mismos que la cuidan parecen eventualmente amenazantes y agresivos.

En este contexto de caos interno, pobreza e inestabilidad, María ha logrado generar estrategias de sobrevivencia y autoprotección que le han permitido subsistir en las mejores condiciones posibles, en una red social conflictiva que a veces la acoge y, a veces la agrede y abusa, pero que en definitiva posibilita su subsistencia, protegiéndola de la soledad y de su enfermedad.

Este es el relato de María, cargado de confusión y fantasía, pero que entre sus líneas revela una historia de sufrimiento, pobreza enfermedad y desamor, elementos muy recurrentes en la vida de las personas en situación de calle. Cabe el señalamiento de que los textos han sido limpiados prolijamente, con el doble propósito de que resulten comprensibles y, a la vez, lo más fieles posibles a sus propias formas de construcción de relatos.

PERSPECTIVA BIOGRÁFICA

***“Tengo un hijo, lo conocí ahora, eso que ya es grande.
Y me abrazó, y me cantó canciones de cuna y después
que me quedé dormida se fue”***

María nació en una familia muy numerosa, en la que la pauta de relaciones estuvo marcada por la violencia de parte del padre, hacia la madre y los hijos. Aparentemente, la familia se dedicaba a la agricultura. Su imagen y recuerdos del padre son muy negativos pues éste la habría maltratado físicamente de manera muy severa, produciéndole graves secuelas, además de hacerla trabajar de pequeña y abusarla sexualmente. Los episodios infantiles que María relata, están cargados de una violencia extrema, al punto de haber motivado alguna vez lo que ella interpretó como un intento de suicidio de la madre con ella y sus hermanos, frente a la amenaza de agresión de su padre furibundo. Imágenes de esta naturaleza son recurrentes en la construcción narrativa de María, tanto como la sindicación de que este maltrato nunca le fue indiferente y fue marcando en ella un estilo peculiar de vinculación con el mundo adulto.

Del mismo modo, la estrategia de producción de subsistencia de María en un contexto económico familiar de precariedad extrema, la obligaron tempranamente a trabajar en actividades propias del campo, probablemente con una alta exigencia física para su edad. Su encuentro precoz con la violencia del mundo adulto, fue vivido muy cercanamente por ella y sus hermanos, ya que la violencia ejercida por el padre contra todos ellos, era de extrema severidad y altamente riesgosa para su integridad. Incluso, María atribuye parte de la forma en que de adulta se ha vinculado al mundo masculino, a estos episodios de la niñez.

“Éramos 12 hermanos, no podían soportar lo malo que era mi papá y mi mamá iba a matarse con todos nosotros, el río era alto y seguro nos íbamos a morir todos juntos si nos encontraba, y mi papá puro buscando para matarnos y nosotros metidos en las moras con mi mami, con todos nosotros abrazaditos, y mi papá pasaba al ladito de nosotros y no nos vio ¿por qué?, porque el Señor nos ayudó, que por favor no nos encuentre, y para poder ir después a Carabineros para que se lo llevaran. Después ese día mi hermana mayor se va a caballo y se demoraba toda la noche en llegar a Los Ángeles para buscar carabineros y se lo llevaban, alcanzábamos a dormir la noche y ya llegaba, lo soltaban, como era de dinero, otra vez a pegarnos”.

“...Sembrar porotos, el trigo, porque mi papá en vez de ocupar a los animales que tenía me ocupaba a mí, porque era un monstruo, y tenía que estar moliendo el trigo de una altura así, y teniendo cosas para hacerlo y tenía trabajadores, me utilizaba a mí y me compraba un puro chaleco y un vestido y zapatos plásticos y me hacía andar sin zapatos, cuando a él se le ocurría me hacía ponerme los zapatos”.

“Mi papá partió mi cráneo y me iba a matar con una puñalada a los 10 años, no me podía lavar el pelo, si me lo tocaba o me lo lavaba me desmayaba al tiro del dolor, mi mamita me curaba con un algodón y me apretaba con una venda (...) me hizo una cosa fea, por eso yo odio a los hombres... porque mi papá partió mi cráneo y mi hermano mayor le dijo: ‘por favor papito no le haga eso, es su hija’ y pesca el hacha y va a matarlo y mi hermano se pone de rodillas y le dijo: ‘no le voy a decir a nadie, pero déjeme vivir’. Tenía 10 años cuando mi papá me hizo eso...”

Como es de suponer, producto de estos maltratos severos y abusos reiterados, María huye de su casa, como forma de renuncia a la violencia ejercida por su padre. Estos episodios de fuga temporal del hogar paterno, son significados por María como un intento de diferenciación, reafirmando su identidad de niña en proceso de desarrollo y con necesidad de estimulación y protección. Ella es conciente que la negligencia a la que fue expuesta, producto de la ausencia de conductas paternas consistentes con la etapa de desarrollo en que se encontraba, generaron en ese momento un impacto regresivo notable y, posteriormente, huellas muy profundas, tanto en la configuración de su personalidad como en la integración cognitiva de etapas y contextos posteriores.

"Yo al otro día me fui a la montaña, vivía en una quebrada en invierno. Yo quería vivir en la montaña, para que mi papá no me dejara para él nada más, yo ya era como un animal y no sabía hablar ni nada y me comía los huevitos, las gallinas mías eran pajaritos, me subía a los árboles. Me alimenté de eso como un mes..."

Tiempo después, su madre los trae a ella y sus hermanos a vivir a Santiago, aprovechando que el padre se ausenta de la casa a raíz de un accidente. No es posible saber en qué época de su infancia o adolescencia ocurre este hecho, pero por lo que refiere, ya en este tiempo se encontraba bajo tratamiento psiquiátrico, en Concepción. La normalización de esta relación con el mundo institucional de la salud mental, aparecerá recurrentemente manifestada en su narración. En esta etapa de radicación en la capital, no obstante, el efecto reparador en materia de salud, parece ser una cirugía reconstructiva que le habrían practicado en la nariz, probablemente fracturada en algunos de los tantos episodios de violencia que sufrió con el padre.

"... y después mi papá tuvo un accidente y estuvo un año en el hospital y ahí entonces mi viejita nos vino a buscar a todos y nos trajo para acá a Santiago y me trajo a mí también, entonces me empezaron a llevar a otro siquiatra y después a otro, no el de Concepción, y me trajeron aquí (Santiago) y aquí me formaron la nariz y soy ser humano... Me formaron la cara que mi papá que me deformó".

La familia llegó a Santiago a la casa de una tía y, aparentemente, María habría presentado trastornos agudos de adaptación a la nueva situación de vida, por lo que recibió malos tratos de parte de su anfitriona. La madre trabajó de empleada en casa particular y María en una mueblería. Sin embargo, la aparición frecuente de "crisis", descompensaciones psiquiátricas o manifestaciones convulsivas a nivel de síntomas asociados a esos trastornos, podrían haber determinado la interrupción de su incipiente trabajo. Y, también, el deterioro de esta nueva red familiar construida en la capital.

"Llegamos donde una tía que me pegaba mucho porque yo gritaba y lloraba mucho en las noches y quería dormir con luz porque tenía miedo. Mi mamita trabajaba de empleada para poder alimentar a todos sus hijos y a mí me buscaron trabajo en una mueblería pero cuando me daban las crisis no podía".

En esta época, María habría sido internada en una institución de salud mental, al mismo tiempo que el padre regresa del sur a buscar a la madre, que acepta volver con él; María se va con ella con la idea de protegerla, pues sabía que la violencia se repetiría. Incluso, presumía que el padre volvería a abusar sexualmente de ella. A pesar del riesgo evidente que significaba para ella y, de no aceptar las razones afectivas más profundas que su propia madre habría tenido para ello, decide regresar para enfrentar juntas los nuevos episodios.

"Tuvo que encerrarme mi mamita en un siquiátrico pero después de un año mi papá volvió con una pierna enyesada a buscar a mi mamita: 'tan porfiados mis guachos, tan porfiada mi viejita', sabiendo que la iba a matarla, ella lo amaba tanto y que le haga caso, y que se haya ido otra vez para el sur con él de paseo".

"Dijo que la iba a llevar y yo dije 'no, la va a llevar para matarla, yo voy a ir con ustedes' y a ninguna de mis hermanas les importó tanto mi madre, como me importó a mí, pese a la enfermedad que tengo; unas veces estoy cuerda, otras veces no sé lo que hago y subí al tren y mi papá me subió de los puros pechos y me los apretó fuerte y sabiendo lo que me iba a pasar de nuevo, yo fui al lado de mi madre para protegerla".

Tal como María lo supuso, la violencia del padre apareció al poco tiempo de su retorno al sur, por lo que vuelven nuevamente a Santiago. Aparentemente, estos episodios de violencia se relacionan con las descompensaciones psiquiátricas de María, que nuevamente aparecen connotadas sin una explicación de contexto que permita situarlas o hacer una atribución distinta a la violencia vivida al interior de su familia.

Esta vez, la madre prometió ya no volver con su marido, a pesar que, como María recuerda, ese marido y padre maltratador, era por entonces prácticamente la única relación significativa que la madre había establecido alguna vez, lo que explicaría, en parte, las dificultades que tuvo para desvincularse definitivamente a pesar del riesgo manifiesto que representaba para todos ellos.

“Después nos vinimos las dos porque le quebró un brazo y le dejó los ojos así y yo me volví a meter otra vez a defenderla y, vuelta a caer en el hospital, así que pasé de siquiatra en siquiatra y se vino mi mamita, ‘y ahora si que no me voy más hijos y no vuelvo mas con su papá’ decía, ‘pero es que yo amo a tu padre’, ‘yo tenía 14 años cuando me casé con tu padre y jamás he tenido otro hombre ni he hablado con nadie’”.

En esta parte de la biografía de María, habría comenzado su situación de calle o, por lo menos, las primeras aproximaciones a ésta, asociada a un confuso episodio en que la madre y sus hermanos se abrían ido a vivir a una casa y a ella la dejan en un potrero, donde comienza a pedir dinero y a beber alcohol. María recuerda este tiempo como de mucho sufrimiento, marcando diferencias con el período anterior, de maltrato, abuso y abandono, porque en este nuevo tiempo, ya más conciente de la estrechez de sus oportunidades, padece la resignación de su madre y la dureza de sus años de trabajo, que terminan en mendicidad y vagancia. Este contexto precario, de vulnerabilidad y exposición extremas, marca su iniciación en el consumo precoz de alcohol, lo que agudiza sus episodios de descompensación, los que también explican, de alguna forma, las raíces más profundas de la natural relación que siempre ha existido entre las instituciones públicas de salud y las personas de la calle.

“Volvimos a una casa de la hermana de la tía y ahí estuvimos viviendo pero ¿qué paso?, nos vinimos a una parte como de campo y había qué hacer en el potrero y después le dieron una casa a mi mamita, pero dijo mi mamita: “discúlpame hija no te voy a poder llevar a la casa, por tu papá”.

“Entonces no me podía llevar y me crié en el potrero de nuevo, en la bajada, y yo con una frazada que me regaló Don Jorge me envolvía y se me pasaba el agua para abajo y yo lloraba, le pedía al señor que me viniera a buscar, que tengo tanto frío y que estoy sufriendo tanto (...) Salía a caminar y pedía monedas y compraba vino (...) Y andaba con mis pastillas y me las tomaba y a veces me las tomaba de más e iba a aconchar en el hospital sin moverme, sin nada”.

María tiene un hijo que refiere haber conocido recientemente, pues pasó gran parte de su vida internado y con su padre. Esta parte del relato de María es particularmente confuso cuando habla de este hijo, el padre de su hijo y su matrimonio. Aquí ella habla de viajar, refiriéndose al hecho de morir y encontrarse con su madre, abundando la fantasía y falta de lógica en su relato. Lo que sí es claro, es que la situación de calle pasa a ser una herencia indeseada para este hijo, que parece haber estado al cuidado de su padre, en esta misma condición.

“Tengo un hijo, lo conocí ahora (...) eso que ya es grande. Y me abrazó, y me cantó canciones de cuna y después que me quedé dormida se fue. (...) El Marcelo se vino a despedir porque me dijo que yo me iba a ir y no sé, venía llorando, no sé por qué llora si voy a viajar, porque después voy a volver a buscarlo, y se pone a llorar, y cómo lo hago si yo necesito ir hablar con mi mamá poh, y los médicos dicen que un año mas o menos (...) Bueno, pero si le dije que si quiere vaya conmigo y dice que él no puede. Él también está en la calle, vivía con su papá pero le pegaba mucho”.

La situación en que María concibe a su hijo es difícil de comprender. Apparentemente se embarazó siendo menor de edad, de una persona con la que no tenía mayor relación y, los padres de ella los obligaron a casarse, presuntamen-

te bajo amenazas por parte del padre de María. Lo cierto es que el relato de ella, da cuenta del intento de su madre por formalizar el inicio de este nuevo proyecto de familia, que aunque forzado en su origen y accidentado en su trámite, parecía resumir sus propios anhelos de lograr un estatus diferente para esta hija. Por eso, el valor simbólico del ritual que la madre promueve, en la expectativa de marcar inicio de etapa a partir de este matrimonio, pero que según la propia María, no tiene ningún impacto en este entorno familiar.

“(El padre de Marcelo) se casó conmigo, yo fui a San Bernardo y acompañé a mi mamita que fue a Constitución a buscar plata para nosotros donde mi papá, entonces conocí a este caballero y me trajo en el auto y entonces hice el amor y me dejó embarazada (...) entonces fue mi mamita a buscar al caballero y habló con él (...) aquí en Chile es casado conmigo y el único hijo que tiene, ninguna de sus señoras le dio un hijo y yo le di el hijo. Lo quiere harto o algo así, pero el Marcelo no olvida que me lo quiso matar cuando chico, porque dijo que era igual como yo y que Marcelo grita y llora y se desespera pero es verdad, ¡si todos somos seres humanos!. El se casó para que mi papá no matara a mi mamá...”

“Firmamos la libreta y él se sacó dos fotos conmigo que mi mamita las pagó, porque él no quería nada y subía al auto y dice: ‘cumplí con mi deber’ y mi mamita me compró un pollito para que celebrara y qué íbamos a celebrar...”

El padre de su hijo habría ido a conocerlo cuando nació. María es imprecisa al señalar una aparente deficiencia física de su hijo y una intervención a temprana edad. En su relato, ella afirma que esta corrección era para normalizar a su hijo pero no tiene registros del trastorno que pudo tener ni los efectos que fueron generados por esa intervención. Sin embargo, María no mantuvo ningún vínculo con el que fuera formalmente su marido y padre de este hijo, con quien sólo vuelve a tener un encuentro ocasional con motivo de su alumbramiento. Sin embargo, no parece ser un referente afectivo importante ni tampoco una fuente de recursos de la que echara mano para enfrentar el parto o la mantención de su hijo recién nacido.

"... después de un año, calculando la fecha en que iba a nacer el niño, vino a conocerlo y me dijo: 'a ver, sácale la ropa, pásamelo para acá, sácale la ropa para ver si es normal', y es que el Marcelo le hicieron una cosa al cerebro para que sea normal cuando era guagua y yo creo que era para que no lo odiara pero sospecho que tenía algo".

María fue separada de su hijo, aparentemente cuando la justicia le entrega la tuición de éste a la madre de ella, pero cuando ya no puede hacerse cargo, se lo entregan al padre biológico, quien a su vez lo entrega en alguna institución de cuidado de niños en situación de abandono. En su relato, María muestra apego con su hijo, lo busca, lo requiere, se proyecta junto a él y, recrimina al padre por enviarlo a esa institución, como también el hecho que mientras lo tuvo a su cargo, el padre del niño lo habría maltratado mucho.

En el ínter tanto, María relata haber permanecido recluida en una institución psiquiátrica, de la que nuevamente hace abandono. Es destacable cómo, según la propia María expresa con elocuencia a través de su relato, que a pesar de la desorientación en la que se encontraba, producto de su trastorno psiquiátrico, es capaz de integrar la necesidad de estar con su hijo, buscarlo y reclamar por el mejoramiento de las condiciones en que se encontraba, a pesar de no poder ser ella misma quien proveyera esos cuidados. Es notable, además, la total ausencia de agentes externos que contribuyeran a mediar entre su angustia y la nueva condición del niño. En ella no hay explicaciones razonables que en ese momento le permitan comprender la separación y aceptar la delegación de tuición en una institución. No se comprende que los hayan apartado en razón de su necesidad de protección, si en esta nueva condición su vulnerabilidad era manifiesta.

"Al Marcelo me lo quitaron... yo lo tuve dándole pecho un año y de ahí me lo quitaron. Ahora a él le toca dormir por ahí tirado. Se lo llevó la justicia. Y mi mamita fue al juzgado a declarar y no le dieron otros papás y se lo dejó para ella. Pero después se enfermó ella y tuvo que entregarlo de nuevo y se lo llevo el papá y el papá lo fue a dejar a un lugar de niños abandonados.

Y yo me escapé del manicomio y corrí y corrí y llegué hasta donde él vivía y le dije: 'oiga quiero a mi hijo porque yo no lo puedo olvidar aunque mi mente no esta funcionando bien', yo recordaba a mi hijo, 'quiero a mi hijo, quiero a mi hijo, o si no lo voy a matar' y tenía así una cuchilla '¿dime donde está mi hijo o te mato!', le dije'"

(...) y veo a un gordito con el ojo morado así y con un palo cargando, lloviendo y haciéndolo trabajar siendo una guagüita así, y yo le dije: 'mi amorcito ¿qué te paso?' (...) y voy yo y llego y entro y le dije: 'mira, tomo todas estas pastillas pero yo te quiero puro matar, yo no odio a mi hijo, me lo quitaron y no entiendo por qué le dejaste los ojos así y lo tienes trabajando y lo andas trayendo así'"

Llama la atención el relato que María hace del ataque con arma blanca que ella habría realizado en contra de un funcionario aparentemente de Carabineros o posiblemente un encargado de vigilancia en algún recinto de cuidado temporal de niños. Ella raptó a su hijo y el funcionario habría intentado detenerla, por lo que lo apuñaló. No es posible determinar con exactitud la composición de escena de este episodio, pero es evidente la fuerte convicción que la moviliza para lograr su propósito de revinculación. Si se trata de la exacerbación de un episodio asociado con posibilidad de condena y cárcel, finalmente hay una reivindicación sobre la importancia de que las instituciones hagan lecturas inteligentes y ajustas a contexto, sobre cuál es el entorno que afecta a las personas y cuáles son en realidad las condiciones que existen para mantener vínculos entre niños y padres en situación de extrema vulnerabilidad.

"Es mi hijo y me lo robé y me echaron a los carabineros y yo estaba a punto de tomar una micro y aparecen los carabineros con el caballero que se casó conmigo y yo le di muchas puñaladas al carabinero y me llevaron a la cárcel y vas 20 años en cana con la fiscalía y ¿adivine cuantos estuve? 20 días porque me echaron todos los papeles y yo lo hice porque quería tener a mi hijo, no quiero que le peguen..."

RELACIÓN CON LA FAMILIA DE ORIGEN

“Mi Mamá no murió, se fue al cielo”.

Desde siempre, María se ha sentido discriminada por su familia, por distintas cosas. Esta es la razón que ella encuentra como explicación posible para la falta de cariño y los malos tratos que recibió de su padre. Ya en Santiago, ella habría visitado a su padre, ocasión en que éste vuelve a abusar de ella. María relata el episodio de abuso del padre con la puerilidad que caracteriza su habla y, aunque denota en sus palabras cuánto reprocha la conducta de su padre, habla de haberlo perdonado y, del cariño que actualmente le tiene. La confirmación de su afecto es categórica en el discurso, con una búsqueda de redención permanente para la restitución de vínculos y oportunidades de construcción afectiva con quienes son o han sido significativos para ella.

“Yo lo perdoné porque yo lo quiero mucho, porque mi mamita también lo quería (...) vive allá abajo, tiene casa. No deja que nadie se le acerque y esa casita es de mi mamita, él tiene de todo y todo se lo dio a la mujer (...) Fui a verlo, pero hizo eso. Con llave en la puerta y en la reja y yo voy hasta su cuarto y me hizo. Yo mirando a mi mamita que está en un cuadro muy elegante y bonita porque mi mamá es italiana y yo lo miraba y decía: ‘mamita sácame a mi papá de encima y perdóname’ y quería hablar con ella pero no podía, y de ahí me dijo que no vuelva más a la casa si no voy a cumplir con mi deber, y no voy”.

“Pero yo lo quiero más como a mi padre, que me perdonen pero yo no odio, yo quiero a todo el mundo aunque me haga daño, yo no puedo dejar de querer a toda la gente”.

La muerte de la madre parece ser un evento muy traumático para María, pues lo resignifica con que se fue de viaje y que a veces vuelve, posiblemente porque para ella no es soportable su ausencia. Cuando el entrevistador se refiere a la muerte de la madre, ella se exalta mucho, niega que haya muerto y habla de *un viaje al cielo*. Los relatos fantásticos que encubren el episodio de la muerte, confirman su anhelo de mantener este vínculo a todo evento, posible-

mente porque se trata de la única figura protectora que se mantiene incólume en sus registros afectivos.

Con sus hermanos no mantiene vínculos, pero durante sus estadías en las instituciones de salud mental, es visitada por alguna de sus hermanas. En esa época, todos sus hermanos estarían en Santiago. Ya en el presente, ella siente que sus hermanas no la quieren, que se avergüenzan de ella y que la discriminan por su enfermedad. Incluso, refiere que habría trabajado para una de ellas en condiciones de abuso y maltrato. El deterioro de las relaciones filiales es resentida por María como otra pérdida importante. La mención más contundente de su relato sobre estos vínculos, se refiere a su permanencia temporal en casa de una de sus hermanas, la que se habría visto interrumpida presumiblemente por las descompensaciones ocasionadas por su enfermedad.

“Mi mamá no murió, se fue al cielo hace poquito. Y sube harto para arriba y yo le he pedido harto que baje y no ha venido. Ahora mismo le preguntaba a mi hermana ‘¿cuándo va a venir mi mamá?’”

“Ahora todos mis hermanos viven acá en Santiago, pero no me hablan porque les doy vergüenza. ¿Por qué mis hermanas me odian y dicen que mi mamá murió (igual que) el siquiatra?, si mi mamá no murió, mi mamá viajó al cielo y se metió en una cuestión para dentro y ahí me van a meterme a mí”.

Yo era empleada de una hermana mía y la tonta, estúpida, era peligroso estar embarazada con mi enfermedad y me daban unas pastillas súper fuertes, y tenía que estar en cama los 9 meses, pero yo como era empleada de ella y no podía acostarme, pero mi hermana no me quiere como hermana eso es lo que pasa. Trabajé ahí hasta cuando nació mi hijo”.

Frente a esta situación que María identifica como rechazo, ha generado redes alternativas para conseguir lo que necesita, con personas que la ayudan a cubrir algunas necesidades básicas como la alimentación. En este caso, sus redes familiares actuales no representan para ella un recurso del que echar mano para resolver necesidades cotidianas, lo que demuestra que la sola existencia de una familia de origen, no asegura que existan relaciones colaborativas, por

esporádicas que éstas sean. En reemplazo de ellas, la calle ofrece otras posibilidades que pasan a constituirse en recursos importantes para su sobrevivencia, lo que confirma que el mundo de relaciones sociales de la calle es altamente dinámico.

“Mis hermanas creen que yo soy cochina, o sea ellos piensan que yo soy mala, que no pueden tocar una cuchara o comer en el vaso que me dieron a mi, tienen algo así como que usted mira un perrito que no debe comer en el mismo plato que come usted, eso... Entonces prefiero salir y pedir a una señora que me de un poquito de comida en una bolsita y yo llevo una bolsa...”

María conserva o ha recuperado el vínculo con su hijo y su presencia es muy importante para ella. Sus aspiraciones futuras, aunque sin un itinerario definido con acciones concretas para alcanzarlas, se refieren a vivir con él en un espacio propio, pues pone en su hijo la posibilidad de que ella reciba el cariño que necesita. Se trata de una aspiración que deposita en la imagen de la casa, la idea de un hogar donde se concreta la posibilidad de contar con un espacio afectivo protegido, que a estas alturas representa para ella la única forma de lograr su tan anhelada realización afectiva.

“Hace poco el Marcelo se quedó una noche entera conmigo, cantándome canciones de cuna, me cantaba (...) yo quiero estar con él siempre y por eso quiero una casita, para dormir con él así abrazadito y que me haga dormir porque yo quiero cariño, quiero que alguien me haga dormir... Me cuide y me relaje (...) A veces nos encontramos y nos ponemos a llorar... Es agresivo, ya me gustaría verlo, y yo quiero una casita para que se acueste conmigo y me ponga una mano”.

Marcelo, su hijo, tendría alguna enfermedad, al parecer también de orden neurológico y/o mental, que no es posible identificar en el relato de María, pero que también dificultaría su desenvolvimiento pues a pesar de su aparente autovalencia, tendría dificultades para integrar su enfermedad, comprenderla y mantenerla compensada y, le generaría dificultades por su relación ocasional con el alcohol.

“Es que el Marcelo no quiere ser enfermo, porque él dice que se avergüenza y que a nadie le cuenta de su enfermedad (...) Está flaco y cuando va donde su papá vuelve con ropa muy elegante... Y el auto se lo pasa y por eso él quiere irse a la casa de su papá, porque le quitó el auto porque es muy loco para manejar y maneja curado”.

RELACIÓN DE PAREJA

“Yo lo que quiero es un Papá no un hombre”

María mantiene desde hace ocho años, una relación inespecífica con un hombre al que ella llama *papá* y a quien habría conocido en la calle. Se trata de un ex presidiario que terminó de cumplir condena en el tiempo que conoció a María. Actualmente se desempeña como zapatero y se hace cargo de su cuidado en todos los aspectos. Administra su pensión, le da y/o compra los medicamentos y la ropa. En un comienzo, habría vivido con él en su casa, pero ahora él la visita esporádicamente (no es posible establecer la periodicidad con que la visita), en esta pieza que él le arrienda con su pensión.

La descripción que María hace de la relación que sostiene con este hombre, concuerda plenamente con la relación de una niña con su padre, en la que ella se posiciona como tal y dependiente de él hasta en los cuidados más básicos y, en situaciones que no se corresponden con la adultez de ambos. Estas situaciones hacen pensar que tal vez exista una relación de pareja entre ellos, pero no se logra conocer a fondo este aspecto de la vida de María y de la relación de ambos, pues ella reprime todo lo relacionado con vínculos afectivos con el sexo opuesto, poniéndolo en el plano de lo *parental* y ella en el lugar de *niña*.

“Lo conocí pidiéndole monedas y decía ‘buenas tardes señor, ¿no tiene una moneda que me regale?’, y yo me iba a comprar pan y chancho y eran bastantes monedas... Era hartito, en la tarde me ponía a dar una vuelta por ahí por donde pasaba para tomar la micro, y me daba más monedas y ahí tenía para comer y no tenía ropa y hasta eso me compró en la feria un día. Hace 8 años que me está cuidando”

“y yo ¡qué me voy a enamorar!, si yo lo que quiero es un papá no un hombre, y me llevó a vivir con él, y ahí él me enseñó que yo tenía un sueldo pero no recuerdo quién lo cobraba por mi, parece que una hermana y se quedaba con la plata, entonces la plata la tiene él ahora y él me compra ropa y cuando hay que comprar las recetas también las compra él. Ahora no vivo con él porque las hermanas no quieren. El arregla calzado, pero no puede trabajar en ninguna cosa porque mató... estuvo preso 25 años. Salió y justo yo lo conocí”.

Como lo confirma el testimonio de María, aún en la calle hay condiciones que hacen a unas personas más vulnerables que otras y, por tanto, están expuestas a más riesgos todavía. Es el caso de las personas que conviven con alguna enfermedad psiquiátrica o trastorno severo de salud mental y cuyo tratamiento depende de la participación de otra persona que esté en condiciones de hacerse responsable de la vigilancia periódica de cuadros de descompensación, tanto como del suministro regular de los medicamentos que pueden mantener la enfermedad bajo control.

Si bien es cierto, vivir en un espacio residencial, con familia o con otros responsables no necesariamente garantiza que esto suceda, hay claramente más probabilidades de lograr un acompañamiento efectivo en la enfermedad, que las personas que viven solas y en situación de calle. En el caso de María, este eventual cuidador, parece cumplir con estas funciones, de las que ella no es capaz de hacerse cargo por sí sola.

“Él vive lejos ahora, no lo veo desde la otra semana, y tiene todos mis papeles psiquiátricos y mi carné de identidad y cuando no me acuerde como me llamo ¿qué hago?, ¿Y a quién le digo ahora ‘pasa a buscarme’ y cómo le hago ahora porque no puedo salir lejos, y si ya no recuerdo nada?”

“Viene viernes día por medio y me deja pastillas para hoy día. Porque dice que no tiene dinero para estar viajando todos los días. Llega y me da los remedios, me deja el sobrecito para el día siguiente y de ahí viene al otro día. Me baña, me peina, y me arregla la cara y me echa crema y me pone sostenes, colalés bonitos y me pone ropa y me pone bien bonita y me pone cinturón y parezco una princesa”.

“A veces me lleva de la mano hasta el Cristo y me regala una cajetilla de cigarros... Él trae pan con chancho y con jugo. Me gusta que venga porque él me canta. La otra vez no vino a dejarme los medicamentos, se atrasó, y yo no aguanto hasta las 12 sin medicamentos y ya me vienen las crisis y te salgo a la calle sin ropa, y resulta que ahora no me trajo los medicamentos...”

SITUACIÓN DE CALLE

“El vecino me hizo una pared con mi nombre porque yo no sabía mi nombre, ahora lo sé (...) descubrí mi nombre y mi apellido y me lo anotó en la pared y ahora, si no recuerdo, voy a mirar la pared”

No es posible establecer hace cuánto tiempo María está en situación de calle. Sobre la base de deducciones y uniendo episodios de su relato, se puede suponer que estaría en esta situación desde su adolescencia, cercana a la fecha en que ella y parte de su familia llega a Santiago. Lo que sí es claro, es que su situación de calle ha estado interrumpida por sus reiteradas internaciones psiquiátricas, las que aparentemente ella termina por su voluntad, escapándose de los hospitales.

Desde que María está en la calle bebe alcohol, pero no puede determinarse si lo hace en forma abusiva o no. A la fecha, habría suspendido la ingesta sistemática, conciente del daño que le produce, afectando presumiblemente su condición de salud tanto por las descompensaciones que sufre como por los medicamentos que ingiere.

“Ya no me gusta el vino, me hace mal a mi corazón. Pero a veces tomo y me compro un cigarro y no me dejan tener ni fósforos ni nada”.

Hasta hace algún tiempo, María vivía en un potrero en condiciones muy precarias y, ahora lo hace en una pieza que le arrienda el hombre que se hizo cargo de ella y al que llama *papá*. Cuando hace mención de su conciencia sobre la situación en la que vive, da cuenta de ciertos aprendizajes que ha tenido que hacer respecto de cómo ocupar un espacio residencial, los hábitos mínimos que debe cumplir y las normas básicas que debe respetar. Estas competencias son fundamentales para hacer posible no sólo la salida de las personas de la calle sino su permanencia en espacios protegidos. El aprendizaje que ella ha hecho, seguramente apoyada por su sostenedor, podría ser afianzado todavía más por una intervención de más largo aliento.

“Yo recordé hace poco y la mente se me volvió como gente, y me acordé que yo tenía una pensión, entonces ahí recordé que yo no debo dormir en el potrero y morirme de frío, ya estaba aburrída en la casa vacía, y se hacían cacu ahí y yo, con mi frazadita para dormir... Hace dos años atrás que duermo ahí en una pieza que se moja toda, al otro lado de esta calle, para que vean la pobreza en la que vivo... me la arrendó sin luz y no tengo que ocupar agua tampoco”.

Ella es una persona muy dependiente y, por las características de su discapacidad, refiere que no está en condiciones de trabajar ni de gestionar los diferentes aspectos de su vida en forma autónoma. Efectivamente, su relato está cargado de experiencias en que se descompensa ante una dificultad que no logra resolver con su repertorio conductual y cognitivo. Reconoce su necesidad de depender de otra persona en muchos aspectos, siendo uno de los principales, la administración de los medicamentos. Esto, sin duda alguna, confirma que salud mental y situación de calle, son dos factores que acentúan la condición de vulnerabilidad de las personas y, que vuelven necesarios los apoyos institucionales tanto como los de las redes territoriales y comunitarias. La incertidumbre es un factor de riesgo que no sólo acentúa el riesgo al que se exponen continuamente las personas, sino que además disminuye las posibilidades de éstas de ser autónomas y auto eficaces.

“Yo he estado casi muerta, por eso necesito alguien que me de esas pastillas porque son muy fuertes para que no viaje todavía porque el sueño mío es tener una casita”

“Porque casi todos los días estoy anormal, hoy día estoy normal porque me tomé los medicamentos denantes, pero de aquí a la tarde no respondo cómo voy a estar, entonces cualquier cosa se me bloquea la mente, pero a mi me gustaría trabajar y tener unas moneditas. Pero y cuando me dan las crisis, ¡qué hago!, cuando se me borre la mente, yo quiero trabajar que me den trabajo barriendo una calle y entonces cuando se me olviden las cosas no importa que pierda el escobillón, después lo compro”.

María consigue su alimentación en la sede del Hogar de Cristo en la zona sur, o pide en las casas del sector. Por lo que ella cuenta, en ocasiones ha pasado hambre y se ha descompensado frente a la imposibilidad de conseguir alimentos. La sensación de inhabilidad que le genera a María su condición psiquiátrica, la hace definirse como una persona enferma, imposibilitada de trabajar, aunque expresa su deseo de hacerlo, para sentirse capaz e independiente. Cuando falla su relación con los dispositivos de apoyo solidario, entonces se ve obligada a buscar alternativas entre los vecinos de la comunidad. Sin embargo, a falta de apoyos sistemáticos de los que echar mano en caso de necesidad, se ha visto en la obligación de mendigar y, en ocasiones extremas, a obtener comida directamente de la calle, con un alto costo en dignidad.

“Yo como de lo que me dan aquí y cuando no me dan aquí, yo paso por la casa y le digo a la señora y le cuento de mi enfermedad, que no puedo trabajar, que no es de floja, que yo no puedo trabajar...”

“Alguien me dijo que si sentía hambre, había un hogar donde me podían dar comida. Me dice: ‘que no venga todos los días a pedir comida’ y vengo igual y me pongo a llorar y todo por culpa que no me quieren dar un pan para que no me acostumbre, entonces me dio pena y rabia porque tenía tanta hambre que quebré una botella y los caballeros de esta casa salieron y me vendaron mi brazo y me llevaron al hospital y me dieron comida es que a mi me da hambre y no dan comida en las casas, y a veces dicen: ‘no, todavía no hago almuerzo’, pero un día no me quiso dar comida pero trajo un plato para darle comida al perro y lo escondí en una bolsa y me la comí y comí igual y quede satisfecha, pero tenía que haber dejado un poco para el perro”.

“Para comer, pido en las casas o si no, veo un perro comiendo y le quito la comida con una bolsita de nylon. Puedo pasar todo el día sin comer pero el domingo me estoy enfermado más, porque no tengo para comer y me estoy alimentando de puras drogas, y no tomo leche, no tengo, me tienen que dar leche en el hospital pero la señorita esta de vacaciones y no tengo nada”.

En el territorio en que María vive, ha desarrollado vínculos con personas que la protegen y asisten en *algunas* de sus necesidades, tanto de subsistencia como de cuidados especiales relacionados con su enfermedad, a veces en contra de ella misma, pues en ocasiones se resiste y se enfrenta con estos vecinos y, con reacciones aparentemente bastante violentas. Sin embargo, es la red que ella reconoce y cada vez que lo necesita, busca soporte en ellos.

El carácter de los episodios que María refiere en relación a su vecinos, da para pensar que ellos también forman parte de las historias que ella construye en sus fantasías, confundiendo la realidad con la construcción que habita su mente. Lo cierto es que si emanan de su relato, es un hecho que pertenecen a su mundo interno y, desde allí, a la forma en que ella existe en su contexto social próximo. Por ello, los relatos que hace, se reproducen como un elemento clave para conocer más a fondo el tipo de vínculos e intercambios que componen la red social de María.

Sin duda, su repertorio de relaciones está cargado de oportunidades para mantenerla bajo la vigilancia cercana de personas que la conocen, que algo conocen de su enfermedad, que saben lo que ella necesita y cómo pueden apoyarla. De igual forma que, en ocasiones, la calle también le ofrece riesgos y relaciones que parecen poner en serio riesgo su integridad. María tiene dificultades para discernir la calidad de los vínculos que establece. En su mapa de relaciones cotidianas, aparecen los rostros que es esperable encontrar en un espacio comunitario, desde los almaceneros, vecinos y compañeros ocasionales de residencia, hasta chicos de esquina que forman parte de la misma geografía comunitaria. Todos se vuelven espacialmente importantes cuando hay situaciones como la de María, donde se combinan negativamente dependencia y situación de calle. En este caso, las actitudes y prácticas solidarias del entorno comunitario, van mucho más allá que la sola tarea de proveer comida y ropa

de abrigo, ya que su involucramiento con la situación de vulnerabilidad del que se encuentra en mayor desventaja y mayores riesgos, puede hacer la diferencia entre una intervención oportuna que puede salvar la vida o, la indiferencia de una comunidad que se vuelve ciega al deterioro de sus habitantes más frágiles.

“El Chino me prestó plata, ahora me quedan dos lucas nada más y me hizo un cheque con carne de identidad y todo, pensaron que era de mi hermana”.

“La Yasna, me apaga la vela... Me hace apagar la vela y no sé por qué... Entonces no la apago en toda la noche y ella me pega aquí, Vinieron los Carabineros y me llevaron (...) Ella dijo que cuando se recupere del brazo me va a pegar (...) Yo ayer fui con ella porque tenía ganas de estar con alguien, porque tenía miedo que algo me iba a pasar y me dijo: ‘ándate de aquí no quiero verte’”.

“En el negocio cuando me mandan a comprar no me venden, me dicen: ‘no Mariita váyase para la casa y dígales a ellos que están bien, que vengan a comprar’. Porque una vez me salió una moneda que tenía un 5. Y yo pensaba que no me iba alcanzar para lo que iba a comprar y me dieron vuelto y yo le dije: ‘¿por qué me regala monedas?’, ‘porque te queremos poh!’”.

“El vecino me hizo una pared con mi nombre porque yo no sabía mi nombre, ahora lo sé: ‘María’ y mi apellido me lo anotó, porque en todos mis papeles salgo desconocida y no soy desconocida, descubrí mi nombre y mi apellido y me lo anotó en la pared y ahora si no recuerdo, voy a mirar la pared”.

“Cuando me manda la Yasna a comprar pan, si me mandan a hacer todas las compras y voy. Y después les doy el vuelto. La Yasna es muy celosa y se enoja conmigo cuando me pongo (...) Porque ella es con rollos”.

“Los cabros de la esquina me molestan... Es que a mi no me gusta que me digan, me ponen puros nombres raros. Y se ríen de mi ‘ahí viene la’ y me dicen puros sobrenombres y después se ríen de mi y después me abrazan (...) porque yo me pongo a llorar porque me molestan”.

SITUACIÓN DE SALUD

“Ahora ya no parece que soy un monstruo como antes”.

María tiene una larga historia de internaciones por su enfermedad psiquiátrica, que ha terminado por constituir parte importante de su vivencia, de sus referentes y de su red de apoyo. Esa enfermedad ha sido una constante en su vida y ha aprendido a conocerla y a convivir con ella, sin que por eso deje de sufrir por padecerla, al reconocer todas las dificultades y limitaciones que le ha traído.

Evidentemente, la enfermedad se llevó parte importante de las oportunidades de desarrollo que María habría tenido en condiciones plenas de salud y, sólo logró una habilitación muy rudimentaria, en todo sentido. A lo largo de toda la conversación, quedan en evidencia la debilidad de su repertorio conductual, de su capacidad de adaptación a situaciones nuevas y del desarrollo de habilidades básicas instrumentales y sociales.

“A veces no recuerdo nada, no me acuerdo ni cómo me llamo. Me dejaron para siempre en el psiquiátrico y yo me escapaba, ‘¿cómo me escapo de aquí?!?’ y ¡no poh!, y después camino, como que ando caminando por otro lado y, cruzo el puente y me persiguen los guardias, sin nada de ropa abajo y veo los guardias corriendo, unos grandes que hay y malos, y un caballero paró su auto y subí y se fue soplado y me dejó en el hospital donde me vi lo de la cabeza”.

María ha encontrado en los equipo de salud que la han atendido, un referente afectivo importante, aunque también ha vivido en estas instituciones, situaciones muy traumáticas de castigo y abusos. La total desprotección en la que viven las personas de la calle que no tienen redes familiares que puedan acompañarlos en sus períodos de internación, las vuelve más vulnerables a la desconocida dinámica que para ellos representa el mundo de normas y prácticas de disciplinamiento de esas instituciones.

Probablemente, estas experiencias son exacerbadas en su discurso como prácticas de vulneración de derechos, por su incapacidad para comprender y organizar de manera coherente, la información relativa a la naturaleza de estas instituciones y el sentido de su permanencia en ellas. Sin embargo, el personal del mundo de la salud con quienes María se encuentra en su paso por las instituciones, se vuelve fundamental para incorporar informaciones básicas que le ayudan a orientarse con mayor eficacia y resolver necesidades de la vida práctica.

“Si las personas me quieren, y todos los médicos estaban conmigo porque llegué mal y porque necesitaba urgente mis drogas y las ganas se me estaban yendo para abajo. Muchas gracias al consultorio San Jerónimo porque las enfermeras, las asistentes sociales me aman y me quieren, yo no tengo hombre pero para mi el amor, todos me dieron besos y abrazos y me dejaron cigarrillos y me dieron leche y sopita. En San Jerónimo todos me conocen, y por eso en todos los hospitales de Chile menos en los que hacen maldades como en el Peral”.

“Del Peral salí antes de ayer. Yo vivo de puros hospitales ahora, pero me escapé porque me hacen maldad. Si yo soy ser humano y no recuerdo qué hice mal, y por qué me encierran en la pieza oscura y me amarran de pie y mano y me tratan mal y me hacen eso y me meten la mano. Pero resulta que cuando no me recuerdo cometo errores, porque tengo esquizofrenia, paranoia agresiva y epilepsia... y los tumores (...) pero no siento el dolor. Está desarmada la cabeza pero estoy sana”.

“No lo entiendo (a su doctor) porque me sentó en las piernas de él y me dijo: ‘si avanzara la ciencia antes de que viajaras yo mismo pagaría y te llevaría a Estados Unidos y cambiaría su cráneo’, yo le dije que me regale su cabeza y se quede con la mía y dijo: ‘hasta eso haría’. El doctor le dijo a las enfermeras que no tienen que encariñarse tanto y que ‘ella es enferma de la cabeza’ y llorando como magdalenas... Cuando tengo que comprarme una receta y no tengo dinero, le paso a todos los doctores pidiendo monedas, aunque estén atendiendo a otras guaguas y pido unas monedas (...) Ellos me preguntan cuánto vale la receta y me dicen en un papelito cuanto valen y yo lo miro”.

ESTA ES MARIA

Durante todo su relato, María muestra una clara conciencia sobre la existencia de su enfermedad y, ha ido desarrollando progresivamente conductas de autocuidado, aunque sea en forma dependiente. Esta misma conciencia de enfermedad es la que le ha provocado el sufrimiento inherente a saberse enferma. A estas alturas, es capaz de reconocer algunos riesgos y ha internalizado un repertorio de respuestas básicas que le permiten evitar ciertos episodios críticos o, manejarlos adecuadamente cuando se manifiestan, siempre en la medida que se mantiene vinculada a los espacios institucionales formales, encargados de mantener bajo supervisión médica su estado de salud. Esto plantea nuevamente la estrecha relación que existe entre salud mental y situación de calle, pues claramente cuando ambos factores van de la mano, las estrategias de intervención y apoyo deben ser distintas y atender necesidades y requerimientos muy específicos.

“Yo no puedo tener nada que sea afilado porque cuando pierdo el conocimiento vienen los monstruos...”

“No me acuerdo en qué hospital mi papá (su cuidador) me lleva, no sé dónde está. Vamos todos los meses y él lleva todos los medicamentos. Es que no ha venido y tengo que conseguirme las pastillas y ya me toca la inyección al cerebro y si no me la pongo puedo morir en este momento. Son 18 pastillas que tomo, tengo que tomar leche (...)”

“Adivine cuánto cuesta la que me colocan, ¡180 mil pesos!. Y me descuentan un poco a mí y el resto lo pone el Presidente para que muera tranquila. Yo le dije que yo no voy a morir, no ve que el doctor García está diciendo que me voy a la casa del Tati, (Dios) y voy a viajar por el cielo y después voy a volver para acá, si me van a meter en esa cuestión dentro de poco (ataúd), pero voy a hablar con mi mamá y de ahí voy a venir, si el Marcelo no quiere venir conmigo bueno no sé, si él no quiere y se pone a llorar...”

Todo lo que ha vivido María en su vida, ha estado agravado por su condición y, su conciencia sobre la enfermedad ha impactado muy fuertemente en su autoestima. El sentimiento de discriminación, de menosprecio e incapacidad,

ha marcado fuertemente su trayectoria vital y, le ha producido altos niveles de sufrimiento y frustración desde su más temprana edad, que comienzan a desarrollarse con la relación con su padre y continúan en su vida actual.

Sin embargo, al hablar de su condición no sólo se hace referencia a su salud mental perturbada, sino que se incluyen en ella su situación de calle, su falta de redes, la disfunción familiar de origen y el maltrato histórico del que ha sido objeto, entre otros factores. Por lo tanto, las dificultades que María tiene para sobreponerse a esta situación de discriminación y vulnerabilidad, se explican a través de su condición actual, agravada por su discapacidad.

Esta dificultad para sobreponerse o cambiar las cosas, se refleja en que María no piensa en un proyecto futuro en ese sentido, sino que más bien tiende a encontrar en la muerte una vía posible para estar mejor.

“Nosotros somos seres humanos y tenemos sentimientos”.

“Todos se ríen de mí y sobre todo cuando de repente me dan pastillas y si estoy en la calle sin ropa y me pongo roja y me da vergüenza y me digo ‘¿por qué me pasan estas cosas? ¿Por qué no me tomo los remedios y me los tienen que dar?’ Yo daría todo mi sueldo a cambio de vender mis remedios para estar libre, quiero tomar el sol, yo nunca había conocido el sol así como corresponde, aquí la pieza se moja toda y no tengo nylon para poner en mi cama, o sea como voy a dormir si esta lloviendo ahora”.

Yo quisiera que me tomaran en cuenta, pero cuando me ven se empiezan a reír de mí: ‘ahí viene la loca’ y me empiezan a decir cosas feas y se me caen las lágrimas y paso y me voy a mi cama y me arrodillo y le pido al Señor que no se rían más de mí, que yo soy normal, y no puedo. Porque hay días que ando así y otros días ando de otra manera (...) No me dejan entrar porque no sé hablar y a ellos les doy vergüenza...”

ESTA ES MARIA

“Pero ya no voy a molestar por mucho tiempo porque voy a viajar para el cielo, porque el doctor me lo dijo y no voy a tomar remedios y no voy a pagar arriendo y voy a andar con mi mamá, y dijo que voy a tener una casa de cristal y nunca he tenido casa y ahora voy a tener una casa. El doctor García me dijo que ahora no importa que ande en la calle y me ande mojando, allá voy a tener una ropa bonita, me queda un año”.